

Antonio Ortuño

Venganza en la oficina

Silvina Espinosa de los Monteros

¿Quién no ha querido asesinar a su jefe en la oficina? Siguiendo los pasos de autores como Ibarra y Vicente Leñero, Antonio Ortuño, finalista del Premio Herralde de Novela 2007, ha conseguido destapar los fantasmas de este deseo subversivo y reprimido. Silvina Espinosa de los Monteros conversa con el autor de Recursos humanos acerca de este funambulesco tema, pleno de humorismo y mala leche, rasgos fundamentales de toda obra satírica.

Apoltronado en el sillón de una librería, Antonio Ortuño (Guadalajara, 1976) parece que no rompe un plato. Este hombre de gorra y chamarra negras resultó finalista de la más reciente edición del Premio Herralde de Novela. Año y medio después de la aceptación que tuvo por parte de la crítica especializada con El buscador de cabezas, Ortuño viajó a la Ciudad de México para charlar sobre Recursos humanos (Anagrama, 2007).

La novela cuenta la historia de una venganza: Gabriel Lynch, un asalariado resentido con la sociedad, decide aniquilar la vida de privilegios que encarna la figura de su jefe Constantino. Las luchas de poder y traiciones por conseguir sexo, dinero y prebendas a mansalva hacen del lugar de trabajo un espacio donde nadie —a excepción del taimado estratega— concibe las catástrofes que el odio es capaz de generar.

¿Por qué hay tan pocas novelas sobre el descenso a los infiernos en que puede convertirse la vida cotidiana en una oficina?

En México, seguramente porque los escritores no trabajan; están becados o son funcionarios —*señala para abrir fuego, aunque luego matiza*—: Yo sí he tenido que trabajar en oficinas, como muchas personas en algún periodo de su vida pero, bueno, las temáticas literarias son un misterio. A mí me pareció que no era un tema trillado...

¿Sabía que usted tiene varios homónimos?

Sí, hace casi diez años en el periódico donde trabajo (desde 1999, el autor labora en el grupo de diarios *Milenio*, en Guadalajara) nos dieron un curso de buscadores en internet, cuando eso era toda una novedad. Nos enseñaron a inscribirnos en los servicios de noticias y había que poner el nombre de uno mismo como ejemplo. Desde entonces, estoy perfectamente enterado de las vidas de todos los Antonios Ortuño del mundo. A veces, me han escrito los amigos del Antonio Ortuño que es artista plástico y vive en Nueva York. Quiero pensar

que es una persona maravillosa, pero estoy genéticamente imposibilitado para apreciar video-instalaciones, así que no iría a verlas ni aunque me invitara mi homónimo en persona. También está otro Ortuño que es corredor de motos y luego me entero de que ando llegando en segundo lugar en carreras de Valencia. Lo que sí, es que cuando recibo cartas que no son para mí trato de tener el civismo de decirles a las personas que no soy el que buscan y que no se ofendan si no reciben respuesta.

Para hacer literatura, ¿le interesa el tema del doble?

No. Hay más novelas de *doppelgänger*, que de oficinas... Aunque tampoco hay novelas sobre escuelas o, después del siglo XIX, novelas centradas en la vida familiar. Se escribe como si hubiese una lista palomeada de temas y el de la oficina le hubiera pasado de noche a muchos autores.

¿Por qué elegir la oficina como escenario de ficción?

Me parecía que era un escenario propicio para mis personajes y su particular tipo de monstruosidad. Todo el mundo sabe cómo funciona una fotocopiadora y que la gente está chismeando en el café, pero no todo el mundo concibe que alguien le pueda prender fuego al carro del jefe. Era plantear cosas extremas, pero en un escenario que justamente pareciera el más común de los escenarios.

¿Quién es Gabriel Lynch?

Gabriel Lynch, antes que nada, es una voz narrativa. Yo quería que esa voz fuera capaz de conjuntar una rabia muy intensa, con la distancia que implica la ironía y la capacidad de reflexión. Para mí es un arribista y es la cifra de cómo las personas construimos discursos que nos justifican. Él lo que quiere es ocupar la silla de su jefe y hacernos creer que es una víctima cuando en realidad se está comportando como un verdugo, que hasta se justifica con citas bíblicas.

Lynch está muy consciente de su posición en el tablero de la vida. Sabe qué casilla ocupa y, por lo tanto, en vez de dar un solo golpe maestro emplea tácticas de guerrilla...

Álvaro Enríque dijo que: "Gabriel era el miliciano de sí mismo". Y yo creo que sí corresponde: el mecanismo que mueve al personaje sí es el de una guerrilla. Número uno: el reconocimiento de la inferioridad. Número dos: dicho reconocimiento no te obliga a la derrota, sino a



Antonio Ortuño

tomar otros caminos. Es decir, a dar golpes desde la oscuridad, retraerte, y que nunca sepan de dónde está llegando la agresión.

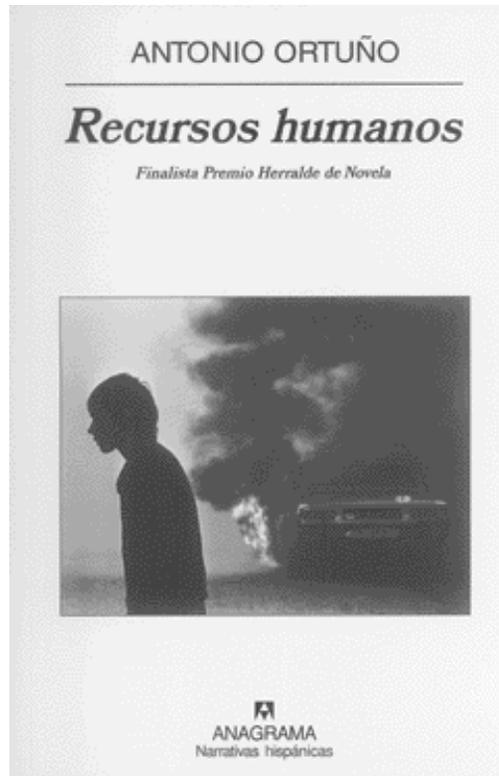
¿Qué papel juega el resentimiento por el hecho de pertenecer o no a una clase privilegiada?

El resentimiento es el combustible de Gabriel, su motor. Él actúa por reacción a esta permanente sensación de no pertenencia, a la vez que tiene el apetito por ella. Gabriel es un sujeto que no se resigna a su condición de pieza menor en el aparato en el que está trabajando. El aparato es monstruoso pero no quiere que éste cambie; simplemente quiere estar arriba entre los que exprimen y no entre los que se sienten exprimidos. El sentido del discurso de Lynch iría en ese juego de tratar de racionalizar pulsiones muy viles y oscuras, que tiene casi cualquier persona.

¿Esta novela es una pugna por el aniquilamiento de la compasión?

Yo creo que es una ilusión consciente de empatía. Gabriel no quiere establecer realmente un nexo con nadie, con todo el mundo tiene una distancia muy gran-

Creo que los dos puntos que más me interesan en la escritura son: la belleza del lenguaje y la inteligencia verbal.



de centrada en que les concede una enorme capacidad para hacerle daño. Y, desde luego, no es compasivo porque sabe o teme que esa clase de debilidad le puede costar caro en el futuro. Es un arribista, un especulador que no tiene cabida para demasiadas emociones buenas. Aunque tampoco es un absoluto monstruo, no es un asesino psicópata o algo así. Digamos que es una persona común y corriente, con algunos rasgos un poco amplificadas por fines estéticos, pero hasta ahí. No creo que sea un ser irreal. Al contrario, puede llegar a ser inquietante por los rasgos de realidad que tiene.

Su literatura destaca por el uso de frases precisas y contundentes. ¿Qué opina del aforismo?

El aforismo me parece la forma más perfecta del lenguaje, porque es estético, reflexivo y potencialmente acertado a la vez. Me gusta que la novela sea enriquecida por ciertos mecanismos del aforismo. Voy haciendo el texto y pongo atención en la pertinencia de la voz narrativa, de las frases que puedan caber, pero tampoco tengo una lista para ir insertándolas. Creo que los dos puntos que más me interesan en la escritura son: la belleza del len-

guaje y la inteligencia verbal. Después leo lo que escribo, ando a la caza de ciertas repeticiones pero tampoco tanto al extremo que suene antinatural. Prefiero que un libro sea interesante a que sea perfecto.

¿Con cuáles escritores se identifica?

Básicamente, soy un lector de escritores muertos. Antes compraba libros en librerías de viejo, por lo que casi todos los autores de mi panteón literalmente están en el panteón. De los contemporáneos me manejo a prueba y error. Leo lo que no se me cae de las manos de aburrimiento y, si me entusiasmo, leo lo que sigue hasta agotarlo como Martín Amis, llevo años cazando todos sus libros y sus artículos en internet. También me interesa Rubem Fonseca; otro muerto, pero muy vivo para la literatura actual, que me gustaría que existiera, es Jorge Ibarregui. De los mexicanos vivos, en plena producción: Álvaro Enríque, Guadalupe Nettel, David Miklos. No siento una identificación al punto de decir que estamos trabajando en la misma línea; al contrario, tenemos obras muy distintas y los respeto por cosas que a mí no se me habrían ocurrido jamás.

¿Qué le ha significado ser finalista del Premio Herralde de Novela?

Pues, le compré mucha ropa a mis hijas —dice mientras la mirada se le pierde a lo lejos.

¿Hay algún premio en efectivo por ser finalista?

No, pero te contratan el libro para su publicación. Y entrar a un catálogo como el de Anagrama para mí es como una forma de la felicidad. Muchos de mis autores fundamentales están en este sello y además decir que un jurado, donde estaba Jorge Herralde y Enrique Vila-Matas, eligió mi libro entre doscientos manuscritos...

¿Los conocía personalmente?

Alguna vez, hace como siete años, entrevisté a Herralde por mi trabajo como periodista en Guadalajara y convenientemente no guardaba el más mínimo recuerdo de mí, ni tendría por qué. Y a Vila-Matas lo había visto, como todo el mundo, en las solapas de sus libros. No voy a ser profundo y sufriente y decir que el premio no significa nada. Para mí es una alegría enorme, aunque sólo publicaran este libro. Ser finalista no es garantía de nada, pero es una posibilidad de que más gente te lea y te tome en serio, porque hay un montón de gente a la que le he hecho entrevistas y no se hace a la idea de que yo pueda escribir. Sobre todo, la gente del mundillo literario que tiende a tener una especie de clasismo hacia los periodistas muy marcado. Y, bueno, en términos de Gabriel Lynch ésta es una venganza del género oprimido de nosotros los pobres reporteros contra los escritores —concluye entre risas. ▣

Básicamente, soy un lector de escritores muertos.